

DEL CONVENTILLO A LA POBLACION OBRERA. LA CONSOLIDACIÓN DEL ANTOFAGASTA POPULAR, 1930-1947

* Historiador. Universidad Católica del Norte. Correo electrónico: jagonzal@ucn.cl.

José Antonio González Pizarro*

Se estudia el tránsito desde los conventillos que acogían a los sectores populares en la década de 1920 hacia la emergencia de las poblaciones populares, como un esfuerzo mancomunado entre el Estado y la Municipalidad. El análisis se realiza mediante la historia oral de los vecinos, la documentación de los ministerios con la Intendencia y la procedente de las sesiones, decretos municipales, que permite conocer la vida cotidiana de los vecinos de las poblaciones “Oriente”, “Miramar” surgidas en 1929 y de “La Favorecedora” en 1933 y de qué manera se abordaron los problemas de agua, alumbrado eléctrico, pavimentación, locomoción colectiva, para poder consolidar a estas poblaciones en el transcurso de los años, permitiendo hacia fines de la década de 1940 tener diseñado el Antofagasta popular integrado en el radio urbano.

Palabras claves: Urbanismo - Ciudad.

The study deals with the movement from slums that sheltered of the people groups in the decade of 1920 towards the appearance of popular cizezenry. This was a result of a joint effort between the State and The Town Hall. The analysis is carried out by means of oral stories told by neighbors, documentation from ministries with the Intendance, those documents contained in minutes from meetings, and Town Hall decrees. All these documents allows us to know the neighbor's daily life from “Oriente”, “Miramar”, appearing in 1929, and “La Favorecedora” in 1923 neighborhoods. We can also find out how different problems such as water supply, electricity, paving, and transportation were approached, in order to consolidate these neighborhoods throughout the years, thus allowing towards the end of the decade of 1940 to have designed the popular Antofagasta integrated into the urban zone.

Key words: Urbanism - City.

“Nos identificamos con Antofagasta, hasta ahora, es lindo Antofagasta”.

Lisica Castro, vecina de la Población “Oriente”.

“La Favorecedora será la mejor población obrera de Antofagasta”.

Ultima Hora, Octubre de 1934.

INTRODUCCIÓN

Los estertores de la crisis salitrera del sistema Shanks en el espacio antofagastino fueron enormes. No sólo en cuanto significó una presión ante las autoridades políticas por buscar soluciones provisorias a los cesantes y sus familias que, al tenor del cierre de las oficinas salitreras, debían abandonar la pampa calichera hacia sus tierras de orígenes, cuando no podían integrarse a otras oficinas u cantones. Muchas familias fueron itinerantes desde el cantón de Taltal hasta la provincia de Tarapacá. El expediente fue la ubicación provisoriosa en determinados lugares de la ciudad y el racionamiento de alimentos a la espera de los barcos que los conducirían hacia el sur.

Otros fueron allegados en familias que por relaciones de compadrazgos u otras acogieron a éstos y donde las expectativas de las nuevas Oficinas de María Elena y Pedro de Valdivia no lograron acoger a esta masa de hombres.

En el periodo de 1925-1930 este panorama de cesantía y de estar sujeto a la beneficencia pública proyectó lo que hemos denominado la “*doble marginalidad*”, por cuanto la falta de integración al espacio urbano provocó una inseguridad urbana (González; 1995).

A partir de esta situación, hacia fines de la década de 1920 se empezó a estructurar un nuevo plan espacial para la ciudad para no afectar a los barrios que por aquel entonces eran los “*populares*”, como eran la Población Bellavista, o los sectores del Cementerio y de la Estación Nueva del Ferrocarril, que eran los más próximos al centro urbano o mejor dicho a los dos referentes para visualizar aquello, la Plaza Colón y la Plaza Sotomayor mejor conocida por Plaza del Mercado. Sectores populares que albergaban, además, prostíbulos y cantinas.

(1) El sitio “La Chimba” movió a controversia. Por decreto Nº 1043, de 1 de diciembre de 1932, la Intendencia tomaba posesión a nombre del Fisco de Chile “ de los terrenos y mejoras del establecimiento ubicado en la Caleta “La Chimba” del departamento de Antofagasta. Esto a raíz de la caducación de una concesión, en manos del señor Manuel Ilabaca, que provenía de agosto de 1928; acto verificado el 23 de abril de 1931. El 20 de enero de 1933 se hizo el remate público de las mejoras existentes: un polvorín de metros por 40 mts; una bodega y una casa anexa; una casita que sirve de paradero del Ferrocarril de la Chimba, de 400m²; una línea férrea de 5 mts., de largo, un muelle de 60 mts., de largo y otras obras menores. Dado el fracaso, se volvió a intentar el 15 de diciembre de 1933. La documentación se encuentra en Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol. 134. Respecto a Sabioncello, cf. Oficio de José Cepeda, de 5 de abril de 1932; Informe de la Dirección General de Impuestos Internos. I Zona de Bienes Raíces, Antofagasta, 7 de agosto de 1931. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol. 103. En cuanto a Nicolás Chaparro, cf. Informe de la Gobernación Marítima, 29 de noviembre de 1932,

La política municipal de consuno con el gobierno apuntó a una acción centrífuga del casco urbano: hacia la costa, por ejemplo, arrendando a Leoncio Espinoza Mujica, en marzo de 1933, por el transcurso de noviembre de 1933 a diciembre de 1942 un terreno denominado “*La Chimba*”. No obstante, se dejó sin efecto el decreto respectivo en octubre de ese año. El ensanche de los “*Baños del Manzano*” y del Hotel Maury, concedidos los terrenos fiscales en arriendo a Jorge Sabioncello, el 29 de abril de 1910 y a concluir el 22 de octubre de 1930, por el ministerio de Marina con la finalidad de fomentar la pesca en el puerto, fue revisada y extendida por cinco años más el arriendo; o bien, las limitaciones del D.F.L 210, de 15 de mayo de 1931 que facultó al ministerio de Marina la fiscalización de playas y terrenos fiscales colindantes con éstas dentro de una faja de 80 metros de ancho en los mares, ríos y lagos, que en el caso de Antofagasta afectó las pretensiones de don Nicolás Chaparro de adquirir terrenos en calle Manuel Verbal; por último, el remate público de las mejoras existentes en la ex concesión fiscal denominada “*Baños del Danubio*” de don Santiago Toro, que fueron adquiridas por la Confederación Local de Deportes y la renovación de las concesiones a favor de The Nitrate Agencies Limited de playa en Antofagasta, al norte de la calle Sucre de 915 m² y la Caleta del Cobre a 3 kilómetros al norte de Antofagasta.⁽¹⁾

La nomenclatura de las poblaciones fue muy genérica, como la “*Población Obrera Barrio Sur Oriente*” que correspondió finalmente a “*La Favorecedora*”, la “*Población Obrera del Barrio Norte*”, al norte de la calle Calama, conocida también en los documentos oficiales como “*Población Norte*”, había comenzado en tiempos de la administración de Ibañez, que loteó terrenos en el sector septentrional de la ciudad. Hacia 1934 todavía se encontraba en expansión, gracias al estímulo del ingeniero de la provincia quien había solicitado a la autoridad provincial la entrega de títulos gratuito de dominio² (González; 1998).

En algunos planos ciudadanos se asociará posteriormente con la Población “*Lautaro*”. Otro sector popular en su asentamiento, ubicado al norte de Shell Mex Chile, en el camino fiscal a Mejillones, que no atrajo la atención de la autoridad municipal, fue el denominado “*Barrio de los cerdos*” ⁽²⁾ (González; 1998).

al Intendente; Informe del Consejo de Defensa Fiscal, 6 de diciembre de 1933, Oficio de Chaparro, de 12 de diciembre de 1933.

Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.120.

En lo que atañe a los "Baños del Danubio", cf. Oficio del Jefe de la Sección Concesiones Marítimas, Santiago, junio de 1932, al Jefe del Departamento de Obras Marítimas; Informe del Gobernador Marítimo de Antofagasta, de 31 de julio de 1932, al Director del Litoral; Oficio del Jefe de Sección de Concesiones Marítimas, Santiago, 26 de agosto de 1932, al Jefe del Despacho de Obras Marítimas. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.134.

Sobre la renovación de concesiones a The Nitrate Agencies Limited, cf. Oficio del ministerio de Defensa Nacional, Depto. De Obras Marítimas, Santiago, 31 de mayo de 1932. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.105.

(2) La designación aparece en un oficio de Carabineros de Chile, de 12 de septiembre de 1934, al Intendente. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.134.

En marzo de 1948, la Municipalidad toma nota del intento de "Z" de esta población que el Servicio de Sanidad objetaba por los basurales y ser zona

LA SITUACIÓN DE LOS CONVENTILLOS Y LA CALIDAD DE VIDA POPULAR

Nos interesa detenernos en este trabajo en examinar algunos factores que condicionaron no sólo la política municipal sino la vida cotidiana de aquellos vecinos que lograron consolidar no sólo una modalidad de vida popular, una institucionalidad de base, distinta a la marginalidad que se había observado en el quinquenio 1925-1930, por convertirse en propietarios, en constituir una organización social legítima como interlocutora ante la Municipalidad y por verse envuelto en problemas comunes a las nacientes poblaciones de la década de 1930, como fueron el agua, la electricidad y el tema de la locomoción colectiva que constituyeron materias de honda preocupación en el seno municipal para los distintos sectores políticos que, por primera vez, plantearán lineamientos del crecimiento espacial de Antofagasta, para superar la segregación espacial.

La legitimidad social de estos pobladores fue el loteo de terrenos fiscales y la implementación de los servicios básicos de agua, el alumbrado eléctrico, y el tema de la locomoción colectiva a lo largo de estos diecisiete años por parte del municipio para integrar a las nuevas barriadas, superando la situación de los conventillos existentes.

El significado de lo que fueron las nuevas poblaciones hay situarlo en las condiciones de vida existentes. Así, en materias de habitaciones obreras la realidad de la ciudad era desoladora hacia fines de 1928: de un total de 6.562 piezas existentes, 4.779 eran insalubres, 1215 eran inhabitables, 568 eran salubres, constituyendo el material de construcción preferencial la madera, 6544, 10 de calamina y 8 de concreto⁽³⁾. Si esto era en cuanto a las piezas, el cuadro de los llamados cités no mejoraba el panorama de los moradores pues se contabilizaban 168 conventillos que tenían 1558 piezas, donde 376 piezas eran inhabitables y 1031 insalubres y sólo 151 salubres, cobijando a 4537 personas donde 1579 eran menores de 10 años.⁽⁴⁾

Los costos para las familias de obreros de sus habitaciones no sólo eran variables sino que los conventillos hacían bajar el valor de las piezas a un promedio de \$ 7,61 pesos, mientras que las piezas fuera de los conventillos ascendía a \$ 26,70 pesos.

de criaderos de chanchos, empero, en mayo permite la habilitación con el “traslado de los criaderos a la denominada Población “Progreso” situada en las laderas del cerro norte de la Población Lautaro”, medida por la cual, los criaderos quedaban fuera de 1 kilómetros de los límites urbanos, establecidos en 1934. Vid. Libro de Sesiones Municipales, Vol.37, enero 1947-diciembre 1948, Sesiones Ordinarias 15 de marzo y 7 de mayo de 1948.

(3) Informe del Intendente al Gobierno, 10 de julio de 1928”, Archivo de la Intendencia de Antofagasta, volumen 66. El total de piezas albergaba a 17.635 personas, siendo menores de 10 años 80-86.

(4) Informe de la Dirección de Bienestar. Primera Brigada Antofagasta al Intendente, 28 de julio de 1927”, Archivo de la Intendencia de Antofagasta, volumen 66.

(5) Ministerio de Bienestar Social, Circular 64, de 12 de junio de 1931. Confidencial al Intendente de Antofagasta; “Labor de la Secretaría de Bienestar Social de la Provincia de Antofagasta durante el mes de septiembre de 1931”; Informe, octubre de 1931 “Personal de la Secretaría de Bienestar Social de Antofagasta”.

La crisis de los mercados salitreros y el colapso de la COSACH, sumado a la crisis mundial, proyectó un cuadro social en Antofagasta, en 1930-31, sin parangón en la historia urbana. La precariedad en los sectores asalariados se acentuó. El propio ministerio de Bienestar Social tuvo que plantearse una estructura que fiscalizara la ayuda en los albergues. Hacia mediados el año 1931 estaba claramente dibujada aquel socorro y el segmento social preferencial: los obreros cesantes de la pampa salitrera localizados provisoriamente en la ciudad y “sólo por excepción, a aquellos procedentes de faenas públicas o industriales privadas”.

En la configuración de dicha política se hacía notar a la Intendencia que debía tenerse presente “que la situación de arraigo de los obreros regionales, les permite crearse mayores recursos y son los venidos de la región norte los que sufren mayores necesidades”.

Los albergues establecidos quedaron bajo un estricto control no sólo de seguridad ciudadana -a cargo de Carabineros-, sanitario, educacional, cautelando la separación entre los sexos y los grupos familiares. La labor realizada por los inspectores y visitadores de la Secretaría de Bienestar Social de la ciudad fue encomiable.⁽⁵⁾

El grave deterioro de la calidad de vida- donde las pestes asolaron a un sector de la ciudad, recién en mayo de 1930 se pudo erradicar la peste bubónica, y el proceso de desratización fue intenso para el Servicio Sanitario- conllevó a una mayor preocupación por la desinfección de casas, piezas, ropas, objetos diversos e incluso vehículos.⁽⁶⁾ La propia presión de nuevas gentes en los sectores populares colindantes con el recinto cerrado del FF.CC., hacia el norte de la ciudad, también incidía en problemas de salud pública y costumbres urbanas.⁽⁷⁾

A esto se sumaba que los adelantos en materias de alcantarillado urbano en el centro y las calles aledañas, tenían el contratiempo del tubo colector que era muy corto y afectaba a todo el sector norte de la ciudad más próximo a la costa, hacía constar un Informe del Servicio Sanitario Provincial, de marzo de 1931, “ en efecto, concluía el documento, todas las casitas de la Avenida Pinto, las casas de las Cervecerías Unidas, las casas de la calle Bellavista y aun las de la calle Iquique, se encuentran a toda hora y sobretodo en las horas de la tarde, bajo una atmósfera pestilente...como el tubo colector es muy

Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.95. La Municipalidad colaboró con la construcción de los inmuebles que albergaron las ollas populares y dinero en efectivo para el Comité de Cesantía durante el año 1931, concluyendo tal auxilio con la dictación de la Ley de impuesto de Cesantía N° 5101. También apoyó significativamente la situación de los niños vagos que “ambulaban por la ciudad viviendo de la caridad pública y durmiendo en los paseos, en la playa y aun en los cerros. El Municipio recogió a estos niños y les dio techo y abrigo, como también alimentación”, se evocaba todavía en 1935 al debatirse la situación financiera del ayuntamiento. Cf. Archivo de la Municipalidad de Antofagasta, Libro de Sesiones Municipales, Vol.33, Agosto 1934-Noviembre 1937, Sesión Ordinaria de 28 de mayo de 1935.

(6) Oficio del Servicio Sanitario Provincial de Antofagasta, N° 842, de 3 de julio de 1931, al Director del Servicio. A modo de ejemplo, en el primer semestre de 1930 se atraparón 6.925 ratas.

Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.95.

⁷ El Administrador General del F.C.A.B hacía saber en 26 de junio de 1930 al Jefe del Servicio Sanitario, no sólo la transformación como letrina de los espacios circundantes al recinto cerrado del FF.CC., sino

corto, las materias orgánicas son arrojadas a la playa por las mareas y allí se descomponen siendo el origen de numerosas infecciones que se encargan de esparcir las moscas y los zancudos que abundan en ese barrio”.

LOS FUNDAMENTOS SOCIALES, INSTITUCIONALES Y LEGALES EN LA CREACIÓN DE LAS POBLACIONES OBRERAS

Puede decirse que fue a partir de 1931 que empezó a materializarse la entrega y venta de sitios para la erección de las poblaciones populares, como una acción constante por parte del Estado y la Municipalidad. Hacia fines de ese año, se tenía un estudio sobre oferta de terrenos, valores y factibilidad económica de los sectores asalariados de acceder a aquellos terrenos.

La Municipalidad estimaba que el precio medio del metro cuadrado destinado a la venta a plazo podía considerar \$25 si era en el radio urbano, \$10 en el suburbano y \$3 en el rural, a su vez, había establecido una relación de superficie con referencia a la situación en el radio de la ciudad que debían tener los sitios, concluyendo en el radio urbano 250 m², en el suburbano 500 m², y en el rural 600 m². En cuanto a la viabilidad económica, el estudio arrojaba que el jornal medio del obrero profesional para poder determinar su capacidad económica debía considerar, el mecánico de 12 a 15 pesos, el carpintero de 10 a 12 y los pintores de 8 a 10 pesos. Este guarismo debía también vincularse con el precio máximo que había asignado la Corporación para los terrenos: en el radio urbano \$ 6.250, en el suburbano \$ 5.000 y en los rurales \$ 1.800.⁽⁸⁾

La preocupación anotada obedecía a dos fundamentos legales que en el bienio 1931-1932 marcaron el giro de la preocupación estatal en materias de viviendas populares y emergencia de poblaciones obreras. Uno de ellos, fue la Ley N° 33, de 12 de marzo de 1931 sobre fomento de las Habitaciones Populares, que motivó, consecuentemente, la creación de la Junta Local Provincial de la Habitación Popular, integrada por el Intendente, el Alcalde, el Ingeniero de la Provincia, el miembro provincial de Sanidad, dos miembros designados por el Presidente de la República, siendo uno de ellos perteneciente a una sociedad obrera con personalidad jurídica. En Antofagasta, esta Junta quedó constituida el 5 de mayo de 1931, solicitándose la creación de Juntas Locales Departamentales.

la generalización de la costumbre “que a todas horas se ven grupos de hombres, mujeres y niños por esos lugares, especialmente a la hora de pasada de los trenes, y los pasajeros se han de formar muy mala idea de la cultura e higiene de la gente que habita en los barrios adyacentes a la vía”. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, Vol.95.

(8) “Sobre propuestas de precio metros cuadrados en Antofagasta para la formación de poblaciones”, Oficio de la Municipalidad, N° 722, de 9 de noviembre de 1931, al Intendente. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.95.

Simultáneamente se llevaron estudios en las otras ciudades de la provincia, concluyéndose que en Tocopilla no había sitios para la venta, aun cuando los precios eran atractivos, pues el m² en el centro tenía un valor de \$4, y se determinaba que una casa habitación para obreros, en el radio urbano, debía ser 160m², mientras en el barrio semi agrícola de 1.000m². El jornal medio era de \$10 por día, ascendiendo a \$15 para los mecánicos. La situación en Calama, si bien en la parte urbana no había posibilidad alguna de venta de sitios “por lo compacto de la población y lo reducido de su área”,

El otro fundamento, fue el Decreto N° 407 de 14 de abril de 1932 del ministerio de Bienestar Social que determinaba los valores máximos de los sitios, “destinados a la formación de poblaciones, barrios y calles nuevas cuya compraventa está afecta a las disposiciones del Decreto con Fuerza de Ley N° 33”.

Estos elementos jurídicos permitieron entonces a la Municipalidad observar los terrenos urbanos y semiurbanos habidos e intervenir en aquéllos solicitados por particulares bajo el expediente de pedimentos mineros, lesionando la visión social de la época.

Cabe indicar empero, que la Población Obrera Oriente habíase organizado con una Junta de Vecinos fundada el 2 de agosto de 1929 y presidida por Isidro Araya, teniendo a Juan Ramos como secretario, los cuales, tempranamente, en representación de sus asociados, demandaron el cumplimiento por parte de la Municipalidad de lo dispuesto por el D.S. N° 768, de 22 de febrero de 1929, que apuntaba a la atención y mejoramiento de los barrios populares y suburbios de la comuna.

La aparición de la Población Miramar fue producto de la intervención Municipal por desalojar al ciudadano Cayetano Gutiérrez.

Cayetano Gutiérrez denunció pertenencias mineras hacia el oriente de la línea del FF.CC entre las calles Baquedano y Serrano, o en su concepto “al pie y faldeo de la sierra” “El Ancla”, señalizándolas como minas “Activa”, “Pasiva” y “Sedentaria” de minerales de saponita, que le fueron otorgadas por decreto judicial de 17 de julio de 1925. Para su explotación, cedió una serie de lotes de terrenos para “que en ellos se pudiera establecer y construir viviendas a numerosas personas”. El día 8 de marzo de 1929 la Dirección de Servicios Municipales hizo el denuncia por estarse levantando una población sin el permiso correspondiente y por ser los terrenos de la Municipalidad y figurar en el plano catastral, los cuales, el señor Gutiérrez con el pretexto de pertenencias mineras había querido apoderarse. El 9 de marzo, el Alcalde por decreto N° 70 ordenó la clausura y demolición de todos los edificios construidos. El 2 de junio de 1929 la Dirección de Obras Municipales tapó la huella carretera en atención que servía de comunicación con la ciudad y al darse “cuenta de la formación de esta población clandestina y en cumplimiento a disposiciones ministeriales y leyes vigentes, tuvo forzosamente que intervenir en esto y entrar a reglamentar este poblado, procurando en lo posible darle una distribución que estuviera más de acuerdo con principios observando,

el m², se estaba vendiendo a 2 pesos en la única población que existía con venta a plazo, la Población Nueva, estimándose que las superficies que debían tener los terrenos debían guardar as siguientes medidas: urbanos 200m², semi urbano 350m², rural 10,000m². El jornal medio para un obrero profesional era de \$15 diario.

Desde Taltal se informaba que “no existe sitio para la formación de población, barrios o calles para habitación de obreros”.

Cf. Oficio del Alcalde de Tocopilla, 4 de diciembre de 1931 al Intendente; Oficio del Alcalde de Calama, 9 de enero de 1932 al Intendente; Oficio del Intendente, N° 1566, de 7 de octubre de 1931, a la Junta Central de la Habitación Popular. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.95.

(9) Vid. “Población Miramar y el señor Cayetano Gutiérrez”, Oficio del Alcalde, 8 de noviembre de 1932; Director de Obras Municipales, 12 de junio de 1929, 4 de noviembre de 1932, al Alcalde; Oficio de Cayetano Gutiérrez de 15 de octubre de 1932 al Intendente. Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.111.

(10) Ministerio de Obras y Colonización, oficio de 28 de septiembre de 1934. Archivo de la Intendencia de Antofagasta; vol. 134.

comodidad, salubridad e higiene y al mismo tiempo se procuró legalizar la posesión a los pobladores de sus lotes”. De esta manera, esta población ilegal, denominada por el ex Intendente Julio Navarrete, en 15 marzo de 1929, como Población Miramar, quedaba regularizada mediante la acción edilicia, primeramente con el arrendamiento a un precio insignificante de los terrenos donde se habían levantado viviendas y posteriormente, “como quedaban sitios sin ocupar en estas manzanas, y en vista del acuerdo de la Corporación, varios obreros se acogieron a este acuerdo haciendo presentaciones donde pedían en arrendamientos lotes de terrenos que fueron concedidos, ordenando a suscrito ponerle los precios, en haber pagado lo correspondiente al canon fijado”, informaba el Director de Obras Municipales, Pedro Herreros, al Alcalde, en noviembre de 1932.⁽⁹⁾

El surgimiento de la Población “La Favorecedora”, inicialmente como Población “Obrera Barrio Sur Oriente”, localizándose detrás del Club Hípico (actual Estadio Regional) entre las calles Galleguillos Lorca y Matías Rojas, General Borgoño y calle Club Hípico, constaba de 13 manzanas “perfectamente alineadas, según el plano confeccionado y de acuerdo con el decreto N° 325 de 4 de diciembre de 1933 y firmado por el Señor Alcalde don Horacio Silva Adriaola, señor Alcibíades Carrillo, Conservador de Bienes Raíces y del señor Luis Erazo Paredes, Ingeniero de la Provincia”, noticiaba el periódico Última Hora, en octubre de 1934. Inicialmente debió sortear la carencia de personalidad jurídica de la Sociedad “La Favorecedora”, presidida por Juan Francisco Venegas, quien “en representación de todos los socios de ella”, solicitó al ministerio de Obras y Colonización, los terrenos para la nueva población. Por decreto N° 2906, de 29 de agosto de 1934, se aprobó el plano de la Población “La Favorecedora”. La solución expuesta por el ministerio fue que “cada interesado debe presentarse particularmente solicitando el terreno que deseara, el que se les concederá a medida que las solicitudes vayan llegando debidamente tramitada a este ministerio”.⁽¹⁰⁾

De esta manera, es posible ir reconociendo los numerosos decretos de concesión de arrendamiento que favorecieron a los primeros vecinos de la Población, que en 1934 era una comunidad de 160 asociados, y cómo determinadas manzanas y calles fueron las primeras en contar con viviendas de autoconstrucción.

Se sabe que doña Zunilda Rodríguez Rodríguez, el 1 de diciembre de 1934 arrendó el lote 37, que comprendía 225m², y con similar fecha fueron

favorecidos doña Lucila Carrasco de Riquelme, con el lote 25 de la manzana B, con un terreno de 225 m²; doña Concepción Bravo vda. de Astudillo, con el lote 35 de la manzana A, Don Marcos Cortés Tapia, con el lote 21 de la manzana A, con 352,7 m², entregando un anticipo de arriendo de \$ 141,10 correspondiente entre el 1 de diciembre de 1934 al 31 de diciembre de 1935; don José Manuel Rodríguez, con el lote 25 de la manzana A Don Juan Francisco Venegas Zepeda, el lote 12 del pasaje Quillota, con 225m², entregado el 11 de diciembre del mismo año. Venegas Zepeda dejó un depósito de \$ 97,50 correspondiente a las rentas de arriendo entre el 1 de diciembre de 1934 y el 31 de diciembre de 1935. Cornelio Valdivia Ampuero, con igual fecha, obtuvo el lote 18 con 225m² entregando un anticipo de renta por \$90.

Con fecha 3 de diciembre de 1934 les fueron asignados los terrenos a doña María A de Cortés, con el lote 27 de la manzana D, a don Manuel Salvatierra Alcayaga, con el lote 17 de la manzana A, a don Ramón Rivera A., el lote 6 de la manzana A, a doña Clementina Cereceda Cereceda, con el lote 28 de la manzana C, don Francisco Ureta de Bastías, el lote 15 de la manzana D, a don Carlos Fernández Almarza, el lote 3 de la manzana B, con 225 m².

El 5 de diciembre les correspondió la concesión a Juan Alejandro Bravo con el lote 20 de la manzana C, ubicado al sur del pasaje Quillota con 225m², por el cual entregó un anticipo por \$ 97,50; a Leonidas Vázquez Valdebenito, con el lote 5 de la manzana A, que lindaba al norte con el lote 4, al este con la calle Eduardo Orchard, al sur con el lote 6, al oeste con los lotes 15 y 16, teniendo su sitio 225 m², por el cual aportó como anticipo de arriendo \$ 97,50; doña Celia Vara Vda. De Valdés, con el lote 32 de la manzana B, con 225 m², con un aporte inicial de \$ 97,50, doña Esperanza Bustamante Zamorano, con el lote 23 de la manzana A, con 225 m² don Héctor Araya Jorquera, lote 37 de la manzana A; don Luis A. Carrasco, lote 23 de la manzana B; don Pedro Campos R., con el lote 22 de la manzana A; don Ernesto Gamboa González, con el lote 10 de la manzana D; doña Petronila Chávez de Morales, con el lote 27 de la manzana A; doña Juana Iriarte Arriagada con el lote 22 de la manzana C; don Jorge Toro López, con el lote 7 de la manzana A, doña Elena Carmen Pérez de Rojas, con el lote 19 de la manzana B, don Pedro Droggett Cabrera, con el lote 14 de la manzana B; don Juan Araya Peña, con el lote 30 de la manzana A; don Luis A. Coca, con el lote 30 de la manzana

B; don Manuel Jesús Arancibia, con el lote 29 de la manzana C; don Oidor Arancibia Jorquera, con el lote 14 de la manzana D, con 225m²; don Alejandro Segundo Bustos Bustos, con el lote 18 de la manzana D; don Juan Cepeda Cepeda, con el lote 26 de la manzana B, con 225 m², y un anticipo de \$ 90; don Hilario Bruna Maluenda, con el lote 26 de la manzana C; doña Carmen Araya Ponce eligió el lote 20 de la manzana J con 225 m², que colindaba al norte con calle Angol, al este con el Pasaje Limache, al sur con el lote 21 y al oeste con lote 34. Además, en igual fecha, fueron asignados los sitios a doña Rosa Rivera Julio, con el lote 27 de la manzana B; doña Juana Tapia Díaz, con el lote 14 de la manzana A, doña María Pizarro Rojas, con el lote 33 de la manzana B; doña Lucila Jorquera Aguilera, con el lote 35 de la manzana J; don Cesáreo Castillo Leiva, con el lote 23 de la manzana B; don Erasmo Carrasco Jorquera con el lote 13 de la manzana B; don Héctor Herrera Bravo, con el lote 19 de la manzana C; doña Gregoria Quinteros de Cortés, con el lote 2 de la manzana A; don Gervasio Soto Cerda, que obtuvo el lote 21 de la manzana D se ubicó al este del pasaje Quillota; don Eusebio Vega, con el lote 26 de la manzana A.

Por último, con fecha 7 de diciembre de 1934 se concedieron los últimos sitios del año, para aquellos que pueden ser considerados la “generación de los vecinos fundadores de la Población La Favorecedora”: don Dionisio Rojas González, con el lote 6 manzana D; don Juan Quezada Parraguez, con el lote 11 de la manzana B, que tenía al norte la calle General Borgoño y al oeste el pasaje Castillo; doña Magdalena Cortés Vda. De Sanderson, con el lote 36 de la manzana J; don Juan Miguel Tapia Castillo, con el lote 29 de la manzana D; don Clodomiro Valenzuela Villegas, con el lote 31 de la manzana B; doña Ana Rosa Ponce, con el lote 34 de la manzana J, y don Guillermo López Ramos, con el lote 7 de la manzana D.⁽¹¹⁾

(11) Los distintos decretos del Ministerio de Tierras y Colonización, con las fechas transcritas, provienen del Archivo de la Intendencia de Antofagasta, vol.134.

Importa destacar el hecho de la anuencia de la directiva vecinal de la Población “La Favorecedora” ante la petición del industrial local Juan Fontbona de solicitar un lote con la finalidad de instalar una fábrica de productos químicos. Su solicitud al Intendente abogaba por la manzana M que tenía una superficie de 8.300m² y deslindaba por todos sus costados con terrenos fiscales vacantes, ofreciendo pagar una renta equivalente al 6% del

valor de tasación que la Oficina de Impuesto Internos fijara para el terreno. Lo planteado por el empresario Fontbona fue respondido positivamente por la directiva encabezada por Juan Venegas, Presidente, José Roberto Moya, Secretario y Erasmo Carrasco, Tesorero, el 11 de octubre de 1934.

En el periodo posterior a la formación de la población “La Favorecedora”, la Municipalidad discutió otras poblaciones, conciliando las propias pretensiones de sus obreros de establecer una Población Municipal, con las inquietudes de la Caja del Seguro Obrero por erigir un sector de viviendas populares, y finalmente dar paso a la Población 21 de Mayo cuyos pormenores se trataron en el Ayuntamiento, en el primer semestre de 1938⁽¹²⁾. A fines del año 1944 se debatía la aprobación de los planos de urbanización de la población de EE.PP.y PP.⁽¹³⁾

El despliegue social de las poblaciones fue distinto en muchas formas: por la capacidad de organización, por la posibilidad de enajenar los inmuebles levantados, por las dificultades por cimentar una infraestructura de servicios básicos en cada población.

LOS COMIENZOS Y VIDA COTIDIANA DE LAS POBLACIONES OBRERAS: LA HISTORIA ORAL DE SUS VECINOS.

1. La Población “Oriente”

Las evocaciones de doña Bernardina Torres, de 75 años en la actualidad, de la evolución de la Población Oriente, nos conducen a impresiones de total desamparo como paisaje. “todo esto era pela’o, nosotros aquí a la vueltecita de Arauco con Montevideo- yo venía a jugar al volantín, porque esa era la travesura que tenía uno del volantín a jugar y nos íbamos con niños, niñas, tardes enteras a jugar y llevábamos “onces”, así que bajábamos como a las siete u ocho de la tarde del cerro...Se dice que la familia fundadora, la primera que llegó aquí era la familia Pol, de un señor español, todavía están los hijos ahí... después veníamos la familia Torres nosotros, los Araya, la familia López y así había un Club Rayuela en la casa de los López, que se llamaba el Ancla... Otra cosa, que en una manzana podían haber tres o cuatro casas, no había más, no como ahora que están las casas formadas. Antes, aquí había una casa, la otra allá, la otra más allá, entonces no había contaminación”. Para doña Nilda

(12) En la sesión Ordinaria de 21 de enero de 1938, el regidor Zoilo Olivares hacía mención del acuerdo de la Caja de Seguro Obrero de edificar 180 viviendas y dar paso a una población obrera en los terrenos de la antigua fundición “Templeman”, acordada por el Administrador General de la Caja, aun cuando en el plan 1937-1940 de construcciones de la “Habitación Barata” no figuraba Antofagasta, y agregaba el regidor Olivares, que se abría la posibilidad de “contar con una población obrera moderna y en la que se corregirán los defectos de la Población 21 de Mayo que se acaba de terminar”. Vid. Archivo de la Municipalidad de Antofagasta, Libro de Sesiones Municipales, vol.34, Noviembre 1937- Noviembre 1939.

(13) Libro de Sesiones Municipales, vol.36 Julio de 1943- Septiembre de 1946, Sesión ordinaria de 7 de diciembre de 1944.

Encina Esquivel, la avenida Cautín (actual Avda. Rendic) “. Don Remberto Ormeño agrega que la Población “comenzaba justamente aquí donde está la población Matta, ahí había un cementerio de los destrozos, se llamaba así porque hubo una peste y murió mucha gente, incluso los cadáveres estaban así enrollados en sacos y estaban arriba, no estaban ni enterrados”.

La Población “Oriente” también se caracterizó por acoger gentes de enorme esfuerzo, que buscaban la comodidad para los suyos en el reducido mercado laboral. La población se esmeraba por el ornato: la “Oriente” se le llamaba la “Población de las flores”, porque era lo primero que se veía...La familia Rivera construyó una quinta de flores, que abastecía a la Capilla de San Luis de Gonzaga para adornar el altar.

Doña Daysi Irrázabal apostilla que la familia Torres era muy conocida, también la hija de uno de los fundadores de la Población, doña Antonia Alvarez, “el papá fue el que fundó la Población”; la familia Ganifo procedente de Pampa Unión se contabilizaba entre las antiguas del sector.

El terreno de los inmuebles era fértil para determinados productos hortícolas: la familia Torres se autoabastecía: “Nosotros comíamos tomates que mi mamita sembraba, poroto verde, la caihua, parecido al poroto verde, pero muy rico para ensalada y la papa, también- recuerda doña Bernardina- mi madre sembró papa y no había agua, sin embargo mi mamá lo hacía igual que en el sur, porque era de Ovalle, entonces cría en hacienda mi mamá y cosas que ahora que tenemos agua no tenemos esa regalía” (Entrevista a Sra. Bernardina Torres, Octubre de 1999).

Los alimentos se hacían en una cocina a carbón, y se compraba entre 2-3 kilos de carbón y la leña, “también se traía del cerro leña”. Para algunos, las familias más privilegiadas fueron las que se instalaron próximo al recinto del F.C.A.B., pues la red de agua potable estaba ahí-evoca don Remberto-y se repartía agua en cañería.

Las casas eran de material ligero, donde cada vecino levantó su vivienda. Inicialmente, todos se conocían, “era una comunidad, éramos una sola familia, no más, la población”. Doña Vinka Klaric refrenda la tranquilidad de la Población: “Toda la gente como nos conocíamos todas las familias, bien bueno, buen ambiente” (Entrevista a Sra. Dinka Klaric, Octubre de 1999). La Población vivía una quietud próxima a la vida de las salitreras, compara doña Daysi

Irarrázabal: “Como nosotros veníamos de una salitrera esto era casi igual que una salitrera, la población estaba poco habitada. La verdad que o extrañé el cambio tan brusco, sobre todo porque era tranquilo, igual que en la oficina salitrera” (Entrevista a Sra. Daysi Irarrázabal, noviembre de 1999).

La Población, indica doña Lisica Castro, llegaba “hasta la calle Venezuela y para allá no existía la población Lautaro ni la otra población la O’Higgins, ninguna, así que todo eso había que atravesar para allá -indica hacia el norte- había una lechería que estaba en calle Quito con Arauco” (Entrevista a Sra. Lisica Castro, noviembre de 1999). Don Remberto Ormeño asocia que la vida era más sana, no había problemas de delincuencia y se podía salir con el tamaño de la urbe: “Llegaba hacia el norte hasta el Salar del Carmen y después quedaba un espacio que era el Olivar, o sea, que se llama el Olivar todavía porque está lleno de olivos y de ahí no había nada más que ver, después apareció la Lautaro, la O’Higgins”.

La familia Torres pudo hacerse de una casa de cemento, aun cuando la generalidad de los moradores de la “Oriente” recibía una exigua remuneración, pues no estaban considerados dentro de los obreros calificados. Doña Bernardina acota: “Mi papá se cachiporreaba con su casa de cemento, una pieza bien estucada, bien hecha, bien entechada. El decía que vengan los vientos, porque en ese tiempo había vientos tan grandes que cuando uno se levantaba estaban todos los fierros en el suelo... Nosotros vivíamos casualmente al frente de un corralón de un puesto de pan y que guardaban los carretones del señor Moll que tenía panadería en la calle Uribe con Latorre... y habían como 10, 15 carretones de las personas que venían a ensillar los caballos y se iban a repartir el pan en carretones. Había un almacén que se llamaba el de don Luis Gaete aquí en la calle Llanquihue y el otro en la calle Zenteno de Pedro Bacovic, yugoslavo, arriba en Chiloé había uno de los Pérez, Armando Pérez”. Doña Daisy refiere que las casas eran grandes, aproximadamente de 50 por 10 mts, donde contaron con el apoyo principalmente de albañiles. Como toda casa antigua la altura del techo era el doble que lo observado en el presente: “Tenía tierra, no tenía nada de piso, pastelones y tenían tabiques, eran divididos con tabiques, que eran de saco con papel de ese que viene envuelto los cementos, con eso hacían los cuadrados y así separaban las piezas, se arregló esto así no

más, después que fallecieron mis padres, nosotros empezamos a arreglar como está, bajamos el techo, todo”. Doña Lisica señala que después de la muerte de su padre hizo todos los trámites, “porque estos terrenos no tenían título... si en la Municipalidad nos entregaron estos terrenos...este terreno (alude a su casa en calle Lima) tiene 8 de frente por 50 de fondo. Mi mamá en un remate compró otro terrenito en Venezuela, a 15 pesos el m²”. Doña Nilda refrenda que los terrenos dependían también de la capacidad de compra. Su casa de 75 metros de fondo por 25, un terreno muy grande, que aparece por calle Zenteno, lo “compró mi mamá, cuando él (su padre) llegó de un viaje, porque era mecánico de ferrocarril y controlador de ramal, entonces tenía que viajar mucho” (Entrevista a doña Nilda Gloria Encina Esquivel, noviembre de 1999).

Un rasgo que sobresale en los vecinos de la “Oriente” que sus terrenos fueron comprados o arrendados, a diferencia de la Población Matta que fue producto de una toma de terrenos. Don Remberto explica que la calle que se llama Llanquihue hacia el sur, “todas esas casas que usted ve construida, y ahí también hay una población, que se llama población Matta todo eso fue construido en base a tomas de terreno, entonces nosotros siempre nos íbamos a pie al colegio, de acá, nos íbamos caminando, era todo tierra, esta avenida también (alude a la ex Cautín hoy Rendic), la avenida era tierra, tierra, era un pasaje no más, entonces se fue formando la población en base a tomas de terreno” (Entrevista a don Remberto Ormeño, octubre de 1999).

Familias de ascendencia yugoeslava y también española buscaron de preferencia establecerse en la Población “Oriente”, algunos fijaron sus capacidades comerciales. El padre de doña Vinka, “en esos años nosotros nos preocupábamos mucho del trabajo como teníamos el negocio”, don José Zlatar poseía unos camiones, rememora doña Bernardina.

Las manifestaciones religiosas se canalizaron prontamente con los asientos de los primeros vecinos. Hacia el año 34, relata doña Bernardina, la presencia de una jovencita que había cursado en Valparaíso un curso de Catequesis motivó el acercamiento de los primeros niños: “Después como era tan amiga (la jovencita que se llamaba Antonia) en la Catedral, le pidió al señor Obispo que le arrendara una casita y le arrendaría su casa, ella que vivía aquí en Arauco con Buenos Aires, entre Lima y Buenos Aires y el señor Obispo le

dijo que no. Y si quieres que te arriendo también alguna pieza para que hagas catecismo el día domingo y vamos a pedir a los niños del Colegio San Luis la cooperación y así se hacía el catecismo. Ella se quedaba en la casa que se arrendaba, donde era la capillita y se llamaba San Luis de Gonzaga, porque ella era muy amiga del padre Luis de Urzúa (sic), un sacerdote que hubo acá en Antofagasta, muy querido y ella le puso San Luis de Gonzaga. Había al lado de mi casa una familia boliviana, arrendó una pieza para la calle que tenía un portón ancho que la estaban preparando para poner un negocio que no resultó y la arrendaron y ahí los niños del San Luis venían a hacer catecismo, cinco, cuatro niños”.

La vida en la “Oriente” no estuvo ajena a dificultades propias a una falta de infraestructura para los vecinos pioneros. Se recuerda que graves enfermedades afectaron en la época a las gentes. Doña Daysi enumera “el sarampión, la varicela, tos convulsiva, paperas. Sobre todo había mucha enfermedad al pulmón, porque aquí en Matta había un hospital, donde está el Grupo de Instrucción, donde están los Carabineros, ahí estaba, era precisamente para enfermos del pulmón. En ese tiempo, la enfermedad al pulmón era lo último, porque jubilaban a las personas con esa enfermedad”. Doña Nilda apostrofa que cuando llegaron “ en la población Matta eso era un cementerio, decían que era de viruela, la gente se moría...Me acuerdo que una vez fuimos corriendo al centro, porque como esta calle era mejor para funcionar que esta y un muchacho andaba con un cráneo jugando terrible, con la cabeza de un pobre gallo ahí, era cabeza, con los puros hoyos”.

La atención médica variaba en consideración a su situación laboral. Doña Nilda añade que su padre trabajaba en el Ferrocarril, por lo que recibía atención médica de la empresa, “donde estaba el Bristish School antes (calle Centeno con Iquique), allí cuando uno va para el Líder, en calle Iquique ahí estaba la farmacia del Ferrocarril, así que ahí nos llevaban, era todo gratis porque él (su padre) trabajaba en el Ferrocarril y teníamos derecho a ese beneficio”. A su vez, doña Daysi no olvida que la atención médica alcanzaba ribetes de un verdadero servicio por el prójimo, homologable a lo llevado a la práctica por el Dr. Antonio Rendic. Así, trae a la memoria que a la hora que se llamara a un médico él aparecía :“Me acuerdo que ese tiempo había un doctor Rivielli, que estaba recién acá, tomó el caso mío y una vez el no dio con esta casa, porque

como eran tan saltadas no daba y llegó a las dos de la mañana a buscarme, porque yo estaba con mucha fiebre, entonces regresó al día siguiente, me buscó temprano. Se preocupaba de las personas y en ese tiempo no me costó nada ni un diez, él y otro doctor más se preocuparon de un año, sin cobrar nada.”

El problema sanitario debió sortearse con la iniciativa privada de los vecinos y a veces con el concurso municipal. Esto último se visualizó mejor con el tópico de la basura, donde doña Bernardina recuerda que “pasaba un carretón municipal, también tirado por animales, un carretón cuadrado grande, pasaba la basura dos veces a la semana se botaba la basura.” A pesar de que las calles no estaban pavimentadas, la gente era muy limpia.

En cuanto a los servicios higiénicos, los pozos sépticos eran la solución, si bien, algunas familias idearon una solución mixta, como hace saber doña Nilda: “mi papi hizo hacer un baño con una ducha y la taza de patente pero el foso al fondo del patio, porque había un pozo séptico pero a él no le gustaba eso, así que siempre había al lado un tambor grande con agua y yo siempre me recuerdo que ese era el mejor, arriba había un tambor grande con una roseta así- grande -sabes tú que llegábamos de la playa a las diez de la noche a veces y el agua caliente, yo siempre les he dicho ese es el mejor calefont que hemos tenido.”

La inventiva particular se vio en cuanto al tema del agua, que afectaba seriamente la cotidianeidad de los habitantes de la “Oriente.”

Hemos hecho notar que la proximidad a la red de agua del F.C.A.B., que tenía la concesión del abastecimiento de agua potable para la ciudad de Antofagasta, hacía notar la diferencia entre los vecinos, pues para cubrir las necesidades de la población “Oriente” se instalaron pilones y grifos desde los cuales se tenía que sacar el agua.

Doña Bernardina señala que se acarrea en toneles del ferrocarril “en la calle Valdivia justo con la calle Buenos Aires, ahí el ferrocarril tenía una manguera y ahí iban a llenar los tambores, las barricas que le llamábamos nosotros”. El agua se vendía, 10 a 20 ctvs. a cargo de un trabajador que se encargaba del llenado y del cobro. Doña Lisica refiere que el agua “teníamos que acarrearla de unos pilones que había en las esquinas, de repente había a

la vuelta así que de allá había que acarrear el agua. Con los años después se adquirieron medidores”. En las noches, la traída del agua se iluminó con velas y chonchones. Hubo épocas que pasaban diez a quince días que no se contó con agua. El sentido comunitario y el esfuerzo personal se dieron cita para que el recurso hídrico llegara a todos. Doña Bernardina indica que ya el año 38 se tenía agua, “pues bajaba la cañería de allá del cerro, esa era la matriz del Ferrocarril, del agua”. Ellos el año 42 ya tuvieron agua en su casa. Doña Vinka acota: “Mi papá dijo que cómo íbamos a estar todo el tiempo con el problema de que había que estar acarreado el agua, que había que tener tanto cuidado porque la gente iba con muchos perros, entonces uno si iba a buscar el agua tenía que estar pendiente porque la persona que iba a buscar el agua no se preocupaba si tomaban agua los perros o no, ese era el problema. Entonces mi papá dijo que teníamos que tener agua, entonces nosotros empezamos a preguntarle aquí a los pobladores, si acaso ellos nos ayudaban a comprar las cañerías para que todos tuviéramos agua y nadie quiso. Entonces, nosotros solos hicimos la instalación del agua para arriba, porque nosotros teníamos el regulador acá al frente, el mercado y de ahí nosotros...después la gente, como nos vio que teníamos agua, querían agua, entonces mi papá de ahí les pasó, hasta que después ya se hizo la instalación y ya tuvimos agua todos en las casas...que fue diferente cuando hubo la red ya de agua, entonces nosotros, todos ya tuvimos en las casas, pero antes no, porque se tuvo que tirar una cañería de abajo”.

En cuanto a la locomoción colectiva, las dificultades eran similares a los servicios básicos, pues el trabajo, las compras y la educación quedaban distante de la Población.

Doña Bernardina tenía que irse a pie, “porque había que estar esperando treinta minutos a que estuviera la otra góndola; la señal en la noche para la micro era la luz roja, ah allá viene la Caracoles se llamaba la locomoción...y luz verde para el norte, ahí en avenida Argentina cortaba para el norte y por Caracoles cortaba para acá la micro”.

Los vecinos estaban acostumbrados a largas caminatas desde la niñez, “cuando uno era chica- testimonia doña Lisica- uno caminaba, íbamos cuatro veces en el día bajábamos a la escuela, en la hora de almuerzo veníamos a

almorzar, después en la tarde volvíamos a bajar y después a las cinco, seis de la tarde, volvíamos a la casa, así era”. Las góndolas las conducía hacia el centro, pues ahí estaban los almacenes grandes- prosigue doña Lisica- “mi papá como trabajaba en el puerto, era estibador, tenían un economar, ahí íbamos nosotros a adquirir la mercadería para el mes, incluso teníamos un carretoncito y ahí teníamos que traer la mercadería”. Doña Vinka insiste que “en esos años había que bajar a pie y subir a pie. Las góndolas había, pero en el centro, para acá arriba no, no había locomoción, si uno tenía que pagar un taxi si, y eso que estaban escasos no ve que eran poquitos...Coche, si también conocí un coche cuando vivía en la calle Riquelme había un caballero que tenía un coche en esos años”. Don Remberto nos indica que el último paradero de sur a norte era acá, “más o menos dos cuadras de donde estamos ubicados nosotros”, siendo la línea uno la que cubría las distancias.

El sentido comunitario se apreciaba en la organización dada por la Junta de Vecinos para las actividades recreacionales y sociales.

Doña Daysi rememora que “nos juntábamos una vez al mes todos los de la cuadra, hacíamos convivencias, lo principal era que nos conociéramos, que nos ayudáramos y con los niños lo hacíamos igual, una persona se hacía cargo de todos los hijos de los vecinos, los agrupaba, los hacía jugar en la cancha, los ordenaba, porque los niños chicos de por si son medios malitos, así que los enseñaba a que se portaran bien, y lo más lindo, que hasta ahora nos ha durado es que nosotros nos juntamos en la cuadra y nos ayudamos cualquier problema que hay nos vamos y nos juntamos altiro, entonces eso es bonito, porque generalmente uno saluda y eso...Nosotros hacíamos veladas, reuniones y ahí cantaba, de repente cuando había huelgas que en ese tiempo siempre había huelgas, las Cervecerías Unidas casi siempre tenían sus famosas huelgas, entonces como mis hermanos todos tocaban guitarra y cantábamos, éramos los primeros, las Irrarázabal que vengan, nosotros les cooperábamos en el local de la Cervecería.”

Las fiestas se realizaban con orquesta y con la participación de las gentes de la pampa calichera-agrega doña Bernardina-“había fiestas familiares preciosas..y se bailaba, se bailaba, entonces la orquesta tocaba, porque se bailaba con orquesta y paraba la orquesta y tocaba un platillo y pasaban las

damas con un plato, así que todo el joven que bailaba tenía que echar platita”. La Sociedad Oriental hacía bailes todos los sábados.

La Población “Oriente” pudo estructurar diversas asociaciones que canalizaron las inquietudes de sus vecinos. Don Remberto se integró al Halcón del Oriente para jugar football, en la década de los 40, doña Nilda en basquetball a través de “La Alegría del Oriente” donde también se destacó como jugadora Stella Rivera, pero el Club “se perdió-comenta doña Lisica-porque las niñas se casaron, no siguieron”. Otras familias, las descendientes de yugoeslavos, se integraban a la Sociedad Yugoslava pero sin profundizar el conocimiento con los otros miembros, “no compartíamos mas que ahí no más, con los de la misma Colonia...no había como ahora que las colonias se juntan y se hace el festival de colonias”, confidencia doña Vinka.

2. La Población “Miramar”

Lo primero que llama la atención de las narraciones de los vecinos más antiguos la visión que se tiene de Cayetano Gutiérrez.

Don Luis Rojas, a sus 70 años, “nacido y criado en esta población”, todavía tiene la estampa de D.Cayetano Gutiérrez: “Porque esta población...resultaba el caso de que acá, había un señor, en esos años, que se llamaba Cayetano Gutiérrez que era un señor que explotaba las minas de sapolio, y resulta que aquí en la Miramar había una mina de sapolio (que) era un elemento blanco que salía de acá que era igual que el detergente, así como el purex...aquí había minas de sapolio que ahora ya han quedado adentro de las casas...en las casas que viven los señores ya tienen sapolio natural ellos...Entonces llegó este caballero (Cayetano Gutiérrez en esos años, él buscaba personas así y les daba terrenos por estos lados a objeto de que le cuidaran las minas, oiga y fue tan ingrata esta Antofagasta con este caballero, que no me va a creer Ud. Que hay una callecita, que es un pasaje que tendrá, a ver, unos 200 metros de largo... la calle Cayetano Gutiérrez, debería llamarse incluso la población Cayetano Gutiérrez, porque de ahí nació la población” (Entrevista a D. Luis Rojas, Agosto de 1999). D.Pedro Montenegro refuerza la ligazón entre Cayetano Gutiérrez y la Población: “el señor Cayetano Gutiérrez, que se instaló aquí en la población y tenía una explotación de sapolio, era una mina de sapolio, así que tenían carretelas con burros y ahí sacaban el pequeño producto y lo vendían, y así

fue avanzando la población lentamente” (Entrevista a D. Pedro Montenegro, agosto de 1999).

La ubicación de la “Miramar” hizo que la Población estuviera desconectada de la ciudad, en cuanto a sus comunicaciones y dada la escasez de las viviendas levantadas el paisaje también se volvía hosco. Doña Carmen Vergara, nacida en la “Miramar”, refiere: “las casas llegaban hasta ahí, hasta el local de la Junta de Vecinos; para atrás eran puras minas de sapolio... y en calle Sucre llegaban un poquito más arriba de Miraflores, no había nada para arriba, ninguna cosa” (Entrevista a Sra. Carmen Vergara, agosto de 1999). Doña Elena Salazar, a sus 80 años, rememora que su familia fue una de las primeras: “Casi de los primeros llegaron ellos aquí, aquí en la población eran como dos o tres casitas no más aquí, llegamos de los primeros... Esta casa, era de madera, de aquí hasta el final y después de a poco a poco, mi mamita y mi papá fueron comprando... la arena, el ripio... y hasta nosotros sacábamos arena pa’ acá pa’ la calle, para hacer los hoyos para que edificaran ellos (el terreno) como de trece metros... Los alrededores estaban todos pelados y luego empezaron a dar estos terrenos, casi nosotros fuimos los primeros, la casita de al lado, esta, después se fue armando casita por casita, si estaban recién dando los terrenos” (Entrevista a Sra. Elena Salazar, julio de 1999). Para doña Gladys Galleguillos Caviedes, la “Miramar” en esos años “estaba poblado, pero no habían casas, había una casa por aquí, una casa por allá. No había tantas construcciones buenas.” (Entrevista a Sra. Gladys Galleguillos Caviedes, julio de 1999.) Similar impresión nos aporta doña Marta Cruz; “y allá arriba en el cerrito que había, había una casa donde habitaba el “hombre de los perros” que le llamaban, porque tenía muchos perros ese hombre... y allá arriba donde está la Circunvalación más o menos ahora había un caballero que tenía una carreta, don Juanito, el carretero, eso era todo. Y para allá (refiriéndose al sector sur) no había ninguna casa”.

Las familias comenzaron su vida, sea adquiriendo el terreno a uno que era ya propietario, arrendando la casa, o siendo favorecido con la subdivisión de las propiedades. La madre de doña Ruth Mc Donald compró un terreno “esto era una casa desarmada hecha tira, con sacos en la pared, muy antigua. Eran tres partes, la señora que la compró la dividió en tres” (Entrevista a Sra. Ruth Mc Donald, agosto de 1999). Doña Marta Cruz recuerda los esfuerzos de las personas

que deseaban mejorar la población y hacer “casitas como debían, no así de pedazos de calamina, de cartón, de sacos a veces” (Entrevista a Sra Marta Cruz, julio de 1999).

Los pioneros de la “Miramar” fueron gentes de distinta procedencia: unos venían desde la pampa salitrera del Toco, localizada en la actualidad en el pasaje Las Brisas; otras del Norte Chico, de Taltal, los cuales fueron organizándose en la medida de lo posible. Don Pedro añade: “el problema que esta población quedó tan mal distribuida, porque la gente antes se medía los terrenos con una pita de cáñamo, entonces ésta llena de pasajes de 90 centímetros, de un metro veinte”. Don Luis enjuicia: “esta población está hecha como quién dice al lote, no tiene claro una ordenanza propiamente tal de calles, así como corresponde, la gente llegó acá y construyó donde veía que estaba la posibilidad, y siempre buscando las partes de los cerros, así no, para evitar las quebradas, porque justamente en el año 29^º, 30^º hubo una aluvión también acá y varias casas también se vinieron...bueno acá había la línea del FF.CC. tiene unos aludes de tierra y esos se formaron con esos aluviones en ese tiempo”.

La Población, al desaparecer las minas de sapolio-relata doña Carmen-entonces se extendió “hasta la esquina de Baquedano, o sea que pasada la quebrada Baquedano.Para allá si, hasta el cementerio, como siempre.Más al sur no había nada, era pura pampa, que pa’ nosotros era un paseo ir al Tiro al Blanco que ahora sé de los militares...Ese era un paseo al que nos llevaba mi papá a ver el tiro al blanco allá”. Don Pedro indica que los límites originales de la población eran desde la calle Baquedano hasta Covadonga, conocida después como la Población 22 y con el tiempo, al concentrar mucha población, “se dividió, se hizo la Miramar Norte de Covadonga hasta Riquelme y de Riquelme hasta la quebrada de Baquedano quedó la Miramar Central”.

Y los terrenos concedidos eran grandes: 10 metros de frente por 30 o bien 40 metros de fondo. Se exigía para la concesión de un terreno que fuera un matrimonio el que solicitara en Bienes Nacionales. Don Pedro agrega: “ahí se inscribían, y ahí lo llamaban, le daban tres meses para que hiciera una mejora”.

Las personas con trabajo no calificado preferencialmente se localizaron en esta población y con tesón pudieron acceder a la adquisición de un terreno y

construcción de la vivienda. Doña Ruth refiere: “Esta casa la hicimos nosotros, porque ya después mi mamá compró este terreno. Botaron todas las cosas y mi papá hizo una cuestión afuera y empezamos a trabajar. El trabajaba todos los días, venía a trabajar después del trabajo, porque después que se jubiló trabajó haciendo los pilares del molo, esas piedras grandes con cemento para echarlo abajo”. Don Luis acota: “Mis padres, como la mayoría de las personas que vivían en esta población eran gente de trabajo, trabajaban en el puerto en esos años, eran lancheros, la mayoría eran lancheros. Les llamaban lancheros, simplemente, como no existía todavía el puerto, estaba en construcción el puerto nuevo...entonces los barcos atracaban en el mar, entonces se hacían muelles, entonces ahí había unos lanchones maulinos, los lanchones grandes que los hacían allá en el Maule...Y la mayoría de la gente que vivía por estos lados eran pescadores o eran lancheros o trabajaban en el trabajo de bahía.”

La vida cotidiana de la “Miramar” se desenvolvía en dos fases: en el día y en la noche. Doña Gladys la califica de bulliciosa por la existencia de forasteros, “venía mucha gente de afuera re’quete malula...más para atrás no teníamos acceso a calle Libertad”. Doña Ruth evoca que “había un corral que se llamaba el indio, era remalo, terrible de malo. El acarreaba agua y un día mi mamá, que era guapa, él no quiso vender agua, le pescó la llave y se la soltó y el indio salió corriendo, y ven a pegarme le dijo, le soltó toda el agua al indio.El vendía en carretones grandes con tonel”. Doña Marta corrobora: “los niños míos jugaban en la casa no más, porque los niños que vivían pa’ acá, pa’ la vuelta, y de los alrededores eran muy malos los niños. Las piedras llovían a veces, claro que nos quebraban las cosas a veces a donde tiraban piedras y caían, nos saltaban los lavatorios de porcelana que habían en esos años...Y en el día la gente era silenciosa por acá, pero si llegaba la noche, pero si parecía que era de día, era al revés, gente tomadora, era mucha gente tomadora...por ejemplo, aquí atrás a la vueltecita, más acá, había una parte que le llamaban el palacio de cristal y que era una este de pedacitos de calamina, de cartones y ahí había mucha gente, de esa gente atorrante, gentes borrachas”. Don Luis incorpora otros antecedentes: “En esos años la gente era pendenciera, el mismo desfase cultural que había hacía ser que la gente fuera así, media malula. Entonces la gente que iba ahí (la actual sede de la Miramar)...le decían el rincón de los

tajos, porque mientras se emborrachaban, en esos años, se curaba la gente en los bailes, entonces ya una vez borrachos, empezaban las peleas.”

Al igual que la “Oriente” los habitantes de la “Miramar” vivieron varios años sin agua y electricidad. La parte sanitaria de las casas se solucionaba con pozos sépticos, aun cuando la mayoría de los vecinos quedaron protegidos por la Caja de Seguro Obrero, “teníamos mejor regalía”, apostrofa D. Pedro. Las enfermedades más frecuentes que asolaron a los vecinos de la “Miramar” fueron la influenza, la alfombrilla, y en algunas épocas la meningitis. Doña Marta añade, “la tuberculosis era muy común y en calle Matta ahí había un hospital de los tuberculosos”.

La ausencia de agua constituyó toda una proeza para los vecinos. Doña Carmen entrega su testimonio, señalándonos que “nosotros acarreamos el agua cuando éramos chicos, nosotros veníamos aquí, había una garita debajo de la línea, íbamos a acarrear agua, mi papá nos hacía un marco a cada uno, del más grande hasta el más chico, porque nosotros éramos ocho hermanos. Del más grande hasta el más chico, el más chico los tarritos más chicos y así llevábamos agua a la casa. Y después empezaron a poner pilones en Sucre, pa’ arriba y ahí ya íbamos a comprar el agua, ya íbamos a acarrearla más cerca, no teníamos que bajar debajo de la línea”. Doña Ruth reseña las fases del aprovisionamiento de agua: “Yo la acarreamos de abajo el agua con unos tarros más allá de la línea del tren, había una señora, la señora Ester, de ahí la sacábamos, cuando no andábamos en distintas partes pidiendo agua que nos vendieran. Entonces un día dijo mi mami, ya vamos a sacar agua, como ella juntaba platita fue y sacó la red de agua, así que sacó eso con una cañería que después se pudo mala, la cambiamos y después para apurar sacamos la manguera, se acuerda unas plásticas negras que habían antes, yo le puse de esas, un día se rompió y ¡puhh’ todas mojá’. Así que dije, vamos a comprar la cañería grande la cañería, compramos dos tiras grandes, cada tira como tres metros, así que la hicimos llegar hasta por aquí...Hasta que un día después, dije voy a arreglar que llegue el agua directamente a nosotros, así sacamos el medidor, yo compré las cañerías y así fue que hicimos el este”.

La electricidad fue inexistente durante quinquenios en la Población “Miramar”: la vela fue la compañera de las noches de estos vecinos.

El problema de la locomoción fue grave en esos años. Había que descender varias cuadras para alcanzar el tráfico de las góndolas. Doña Ruth menciona que dada que había pura tierra había que “esperar abajo” de la línea: “Yo me sentaba a conversar con la vecina- en lo que hoy es la avenida Sabella- a mirar para abajo..nos quedamos elevá aquí arriba, las casas quedaban más bajas.” Doña Marta refrenda la impresión anterior: “No había locomoción, todo esto no había calles, era tierra no más...Las compras las hacía ahí en el centro, en el Mercado, claro, lo subíamos a pie no más”.

Las góndolas circulaban por las arterias principales de la urbe, anunciando las personas que trabajaban en ellas las calles por las que iban pasando.

Las gentes de la Población o se incorporaba a los estudios primarios o se integraban al mundo laboral, pero la mayoría a temprana edad. Unos cursaron su enseñanza en la Escuela Número 8, en Atacama con Bolívar, como doña Gladys, al igual que doña Carmen que, posteriormente, prosiguió sus estudios en la Escuela Técnica donde aprendió tejido y a los “trece años yo me puse a trabajar en tejido, iba a una fábrica de tejidos. Entonces bajábamos a pie y había tierra hasta la calle Atacama, de ahí recién había cemento para abajo”. Don Pedro empezó a trabajar a los siete años, “yo trabajaba, primero me las rebuscaba repartiendo diarios y traía platita pa’ la casa, y tenía, posteriormente yo entré a trabajar...aquí en Antofagasta existía Tres Montes, que era una empresa, una compañía grande, así que empecé chiquito a trabajar, a repartir el café en bicicleta por la calle Prat, cuando esa calle, la calle Prat tenía dos vías y en el medio tenía unas farolitas chiquititas también y se veía bonita”.

En cuanto a las diversiones, estas fueron diversas: desde el cerro hasta la costa. Don Pedro jugaba con los demás niños “al volantín en el cerro”, o jugar fútbol en los terrenos desocupados próximos a la línea del ferrocarril; doña Marta se entretenía con las exhibiciones de los cines, y más grandecita iba a bailar “al Ferroviario, en Maipú, entre Ossa y 14 de Febrero que era del Ferrocarril, era lo mejor que había. Nosotras teníamos que estar, lo más tarde a las diez y media once, porque sino nos pegaban”, mientras doña Carmen, cuando le daban permiso para ir a la playa, “nos bañábamos en la poza del Maury, donde está el Hotel Antofagasta, y cuando volvíamos, nos veníamos con calor, así a pie, entonces en avenida Argentina habían unos baños públicos, nos enjuagábamos y llegábamos a la casa..(además) nos juntábamos todos...

teníamos un conjunto artístico, un teatro, nosotras fuimos actrices. Ahí en el local, hacíamos unas veladas, se presentaba una obra, después venían los cantos, después hacían bailes ya...uno tenía que tener más de quince años para bailar, nosotros no podíamos bailar porque la gente grande se divertía, le llamaban el piojero...en fin le ponían todos los nombres, esa era la diversión de nosotros...Mi hermano, como es medio poeta, el formó un conjunto artístico, así que ahí trabajamos bastante esos años...Esa fue nuestra juventud, jugábamos deportes...Conjunto Artístico Estrella Miramar se llamaba, la Alondra Miramar y teníamos un club de básquetbol, el Lucero Miramar". Don Luis rememora los Baños del Danubio, "si ahí donde están los colectivos, los colectivos Perú, Bolivia, no, eso era mar, eso era un balneario que había ahí, se llamaba el balneario el Danubio...para poder hacer el molo, tuvieron que robarle al mar una buena distancia...Las ramadas, no había ramada que Ud., por ejemplo, tenía un disgusto con una persona, ya pa'l "dieciocho nos juntamos" se decían, ahí, los Carabineros no llevaban presos pa'l día del 18... era una ley que había que pa' esas fechas podían pelear, podían hacer lo que quisieran, y no los llevaban presos, sino que los separaban no más. Pero las ramadas eran una cosa tan entretenida, porque hacían un ring en todo el medio y peleaban de a cuatro y se subían y le ponían guantes y peleaban de a cuatro curados. Las ramadas las hacían ahí siempre para el lado del Club Hípico, en donde ahora está el Estadio Regional, antes era el Club Hípico...porque eso eran puros arenales".

3. La Población "La Favorecedora".

Los testimonios recogidos concuerdan que el espacio de la Población en sus inicios estaba rodeado de arenales y basurales. Don Nelson Olivares Mondaca, que llegó de diez años a la población en 1936, dibuja el sector en sus comienzos como "chiquita, llegaba de la calle Playa Blanca hasta Talca, prácticamente eran dos cuadras y lo demás era baldío no más. Una casa por acá otra por allá, puros arenales, la entrada estaba por Galleguillos Lorca, era una huella que llegaba hasta las ruinas de Huanchaca, por ahí bajaba un camión que era de la fuerza naval. Esa era la entrada que tenía la población, lo demás eran puros basurales y hoyos" (Entrevista a D. Nelson Olivares Mondaca, septiembre de 1999). Don Benedicto Román refuerza dicha imagen: "Todo era un tierral po' nomás, no había nada más si el pavimento, me recuerdo que llegaba

hasta la calle Avelino Contardo, hasta ahí no más llegaba el pavimento, con avenida Argentina y de ahí pa' acá, todo tierra, tierra, tierra" (Entrevista a D. Benedicto Román, septiembre de 1999).

Los terrenos para las casas fueron muy similares: 10 metros de frente por 22 de fondo. En ellos se empezó a cimentar la nueva vida. Doña Adriana Valdés de Peña tiene presente que "cada uno compraba su material. Y mire por eso que hay un problema, porque llegaban, se hacía una muralla a medias, sin papeles, sin nada. Entonces, después, ahora por ejemplo, hay un problema, el caballero reclama que él se apegó a la muralla suya. Pero que él llegó nuevo, y esa muralla, cuando estaban los dueños antiguos la hicieron a medias, porque así se hacía... cada uno compraba su material e iba edificando de a poquito" (Entrevista a Sra. Adriana Valdés de Peña, septiembre de 1999). Doña Juana Pizarro narra que "los artilleros que antes eran los marinos, ellos nos dieron este terreno, porque nosotros vivíamos en recinto militar. Acá éramos nosotros y poquitas casitas que habían y nada más. Hicimos una casa provisoria, nos dieron dos terrenos, éste y el de al lado, éramos una familia grande, muchos hermanos, 12 hermanos. Y acá empezó de a poquito a poblarse, en Quillota no había casas, había tierra nada más, porque antes habían caballos, no había pavimento" (Entrevista a Sra. Juana Pizarro, septiembre de 1999). Don José Pinto puntualiza que los terrenos "fueron asignados por Bienes Nacionales y a través de la Junta de Vecinos. También, algunos pobladores accedieron a los terrenos. Eran de 10 metros de frente por 22 de fondo y la construcción estuvo a cargo de los mismos pobladores, es decir, las viviendas se hicieron a través de la autoconstrucción y en general los primeros pobladores permanecieron en la población. Don Viterbo, con sus 81 años, todavía se acuerda que la casa la hizo su papá "le pegaba harto y un veterano que estuvo junto con mi papá desde niño, entre ellos la hicieron. Yo pedí (el terreno) a nombre mío, al lado pidió mi papá y al lado, más allá, mi cuñado, así que son tres terrenos. El Club Hípico era un cierre de calaminas que había aquí no más y ahí hacían las carreras y estaban las canchas de fútbol y mucha gente venía aquí al cerro (alude al actual Cerro de la Parroquia de Fátima) a ver las carreras". Don Benedicto, quien llegó a la población en 1934 un 4 de noviembre, agrega: "Aquí había parado un cuarto no más, claro que en ese tiempo habían como cuatro casas aquí no más. El Club Hípico estaba ahí, en vez del estadio y todo el cierre era de calamina, incluso la Escuela

Hogar era como tipo reformatorio ah...porque ahí había una garita parece que ahí estaban los Carabineros. Tenían quintas ahí los niños o sea habían internos, niños internados de escasos recursos”.

Impresión similar aporta Don Nelson: “La población era puro rancharío no más, se empezaba a construir con cartones, con lo que hubiera. Se construía entre los mismos pobladores unos con otros, porque era poquita la población antes. Estos sitios los dieron, los entregó el Fisco en arrendamiento primero, y después de dos años que uno estuviera viviendo y tuviera construido por lo menos unas dos piezas de cemento, le entregaban un título de dominio, pasaba a ser dueño. Aquí la vida pa’ el pionero digamos de esta población, fue difícil, porque hubo que emparejar calles, aquí los mismos vecinos se ayudaban unos con otros, incluso se hacía una especie de ruleta, se juntaba una plata y dentro del mes iba dando vuelta esa plata y le tocaba a tal persona y se compraba una bolsa de cemento. Así íbamos construyendo. Esta casa era tan grande como es, la edificué pieza por pieza acá, a mi me costó años de sacrificio. Yo todas las horas de descanso, a la hora que llegaba de la pega... Yo llegaba en la noche a construir o a acarrear tierra, porque era un solo piso hasta el patio, esto era un hoyo la mayoría. Nivelé en un solo piso, solo. Hice todo, desde hacer la construcción, de colocar el alcantarillado, de colocar luz eléctrica, de colocar el agua potable, todo..Porque fui aprendiendo, preguntaba y por los costos usted tenía que ver lo que le quedaba al día”. La experiencia de Don Jorge Toledo Ríos constituye también una historia de autoconstrucción: “Esta casa pertenecía a mi mamá y vivía un tío, por eso desde que era chico venía para acá, porque vivían los abuelos y todo eso. Igual que la casa de la esquina, con alambres cruzados no más y unos palos por el medio y así se hacían las casas, eran rellenos de muralla y lo demás para atrás, muralla, dos piezas, no había nada” (Entrevista a D. Jorge Toledo Ríos, septiembre de 1999).

Los problemas comunes a las restantes poblaciones, como el alcantarillado, agua y electricidad eran más acentuados.

Los pozos sépticos constituían la solución, ubicados dentro de una casucha y, en el caso de la casa de doña Juana, “como mi mamá lavaba toda el agua ahí, así que estaba limpiecito aquí”.

El drama del agua entre los vecinos de “La Favorecedora” se palió de variadas formas. En el hogar de Don Benedicto aconteció lo siguiente: “No llegaba todavía el agua aquí, luego nosotros cuando estábamos, donde está la población ésta frente a la Copec, ahí estaba la lavandería militar, así que ahí nos convidaba agua el cabo, el sargento que estaba a cargo, íbamos en la mañana a buscar agua, tipo 5 o 6 de la mañana y llenábamos dos tambores de agua, aquí nosotros no más. La otra gente por ahí se conseguía agua por otros lados. Y después pusieron un pilón ahí, por donde está la Plaza y la gente iba a buscar agua ahí y después empezó a llegar el agua de a poco. El agua potable yo creo que llegó por el año 40”. Don José recuerda que “en otros tiempos nosotros traíamos agua de Galleguillos Lorca, lugar en donde habían pilones, que estaban ubicados cada tres o cuatro cuadras, para obtener el vital elemento debíamos hacer fila e ir con tambores para poder almacenar el agua en las casas, en esos tiempos la única calle transitable era Galleguillos Lorca y era doble vía. Es importante señalar que para poder acceder de buen modo al agua había que levantarse a eso de las 4 de la mañana”.

Don Nelson nos revela que “el agua se acarreamos en tarro, venían a vendernos el agua aquí en unas carretas y en la casa teníamos que tener un tarro grande donde depositar el agua,...el agua que vendían, la sacaban de unas aguadas, parece, estos caballeros en unas aguadas que habían pa’ el centro, entonces ahí sacaban, llenaban los tambores ellos, las carretas tenían unos toneles o bien unos aparatos metálicos, lo llenaban con agua en latas de parafinas, entonces tantas latas de parafinas, venía un balón, entonces nos llenaban los tambores de la casa. Esa era el agua que tenía pa’ beber pa’ bañarnos y era poco, había que medirse en todo...”

En cuanto a la iluminación, las penumbras domésticas se cortaban con velas y chonchón, o sea, un tarro de parafina. Don Nelson rememora “La vida pa’ nosotros fue difícil, teníamos que estudiar, escribir las tareas con lámparas de carburo y a vela no más”.

En cuanto a la locomoción la situación era tan difícil como la “Miramar”. Don Nelson refiere “Pa’ nosotros era lejano, teníamos que hacer todo, los cuatro viajes del día a pie. En ese tiempo existían Góndolas y las Góndolas eran pocas, pasaban llenas...eran unas máquinas cuadradas...eran como unos cajones

no más, tenían dos puertas y una ventana completa, en invierno le colocaban unos vidrios adicionales, era una especie de cajón no más, ese era el tipo de Góndola que existió en Antofagasta”. Don Benedicto precisa, que las góndolas “estaban en el paradero ahí en la Avenida (Brasil), en el primer cuadro, a ver, donde está actualmente el triángulo ese que dice “Homenaje a los Bomberos”, hasta ahí no más llegaban las micros, hasta ahí uno tenía que ir hasta allá y tomar las micros”. Don Jorge, por su parte, nos indica que “la locomoción llegaba primero hasta Antonino Toro, dos cuadras más allá, después llegaron acá a Díaz Gana...eran góndolas, pasaban por ahí, nosotros corríamos para arriba y después no alcanzábamos, corríamos para abajo y así llenas porque era muy poca la locomoción. Antiguamente había hasta con cobradores, se demoraban sus 15 minutos en pasar”. Don José apostilla: “El primer paradero de locomoción que se acercó al sector, solo llegaba hasta Díaz Gana de modo que había que caminar para poder acceder a la locomoción, luego se traslada a la calle Talca, esto ocurría a mediados de la década del 50”.

La dificultad del transporte incidía no sólo en las obligaciones escolares, pues los que aspiraban a una continuación de sus estudios secundarios y/ o técnicos debían trasladarse necesariamente hacia el centro de Antofagasta, con dirección al Liceo de Hombres, el Instituto Comercial o la Escuela Técnica, sino que también en las compras, sea hacia el Mercado o en otros almacenes. Don Benedicto nos señala que “todos los niños de aquí del barrio íbamos a estudiar ahí a la Escuela 1 que está ahí en Coquimbo entre 14 de Febrero y Esmeralda, donde está ahora el edificio Don Ambrosio. Nos íbamos de a pie no más”.

Doña Juana menciona que en el centro se adquiría todo el alimento: “Y cuando vivíamos en el artillero, me venía yo a pie o tomaba el tren, el tren que estaba abajo, por ahí por los baños tomábamos el tren, y en Díaz Gana paraba el tren y traía a todos los estudiantes. ¡No’ era de carga, era para la gente que iba a compra, la que iba a hacer trámites, se llenaba, todos gratis, si era del puerto. De ahí pa’ acá ya no había, nos veníamos a pie por toda la tierra, por la Favorecedora, el resto lo compraban por acá”. Don Benedicto nos reseña algunos almacenes: “Había almacenes por aquí cerca, claro había un almacén que estaba en Díaz Gana ahí, más arriba estaba, en la otra esquina el “Buen

Día” de don Miguel Zlatar y así, “El Gallo”, el almacén “El Gallo”, el almacén “La Gallina”. Don Viterbo consigna que se iban a pie al centro, “nosotros, como ser, cuando trabajaba yo, recibía el pago el día sábado y nos íbamos a comprar en la tarde con mi hermana, con \$ 100 teníamos para toda la semana. Me pagaban aquí, ganaba cien pesos e íbamos a comprar la mercadería para toda la semana, antes era barato, y de ahí nos veníamos para acá, dejábamos pagado el pan para la semana, así que pa’ no estar pendiente de que había que comprar”. Doña Leonor Rivera nos señala que se iba caminando “hasta abajo para poder llegar al Mercado y después para volver se bajaba allá. Claro, mis hermanos la iban a esperar (a su madre) ahí adonde llegaban las gondolas, la esperaban ahí y así le ayudaban a la Mamá a traer las bolsas” (Entrevista a la Sra. Leonor Rivera, septiembre de 1999).

Unos se incorporaron al trabajo que ofrecía la empresa de Fontbona que se había establecido en la Población. Don Viterbo fue uno de ellos: “Yo trabajaba en una fábrica que había aquí, de peldinas, era una fábrica de ácido sulfúrico, hacían carbonos molidos y sulfato, nitrato, eso lo exportaban para Argentina, para curtir cuero”. Otros se vincularon pasajeramente a las quintas existentes en el entorno. Don Jorge señala que existían muchas caballerizas y “muchos corrales por todo este derredor...trabajaba en una quinta, como hortelero, si pero un trabajo...quiere que le diga una cosa, se ganaba poco y se podía vivir... Estas partes estaban llenas de quintas, la quinta del regimiento Esmeralda, la quinta Vener...en este sector estaba la hortaliza está ahora en La Chimba, al lado del Hospital habían quintas y abajo en Poupin, debajo de la Escuela Normal también había una quinta...La hortaliza de aquí se enviaba a Pedro de Valdivia, a María Elena y quienes son los que trabajaron mucho las quintas fueron los griegos.

El sentido solidario en “La Favorecedora” se vio estimulado por la propia Junta de Vecinos y la Sociedad de Socorros Mutuos, de 1932. Don Lindor Pinto estuvo al frente de una de esas organizaciones sociales y se le recuerda con mucho aprecio. Don Viterbo informa que los jóvenes, cuando llegó más gente a la Población, se “hacían bailes en la Sociedad de Socorros Mutuos.. no íbamos a tomar, puros refresquitos no más”. Don Nelson refiere “El trago consistía en limonada con limón o con naranjada y los canapés de huevo o

de paté, la pasabámos bien...nos divertíamos, éramos respetuosos todos los niños con las niñas”. Doña Juana indica que “la gente no tomaba mucho y si tomaba la gente, tomaba pilsen, tomaban puro vino y cerveza. Nos gustaban los corri’os, los tangos y los boleros. La gente más bailaba los corridos”. Doña Adriana confidencia que se entretenía yendo a la playa, a la Poza Grande de los Baños Municipales, ”iba a la matiné, después iba a la plaza Colón, hacían retretas ahí en la avenida Brasil, todo eso se hacía en la juventud”.

La Población “La Favorecedora” estimuló la aparición de instituciones recreacionales y deportivas. Don Nelson evoca los inicios del primer Club de Fútbol: “Nosotros jugábamos en cualquier sitio eriazos. Pero el año 40, nosotros llegamos en octubre, terminó el 40’ y el primero de enero del 41’, había una familia aquí que se llamaba Oscar González Ford, fueron a la playa y se les ahogó el hijo mayor aquí en Coloso y resulta que a raíz de eso como éramos pocos y éramos muy unidos, aquí nos entreteníamos a jugar la lota, en las noches, la juventud, la gente adulta, todos. Formamos un club deportivo, el primero se llamó Oscar González Ford, un club muy competitivo dentro de las ligas de poblaciones”. Don Jorge agrega que “En La Favorecedora habían muchos clubes antiguamente, aquí se hacía mucho deporte, dentro de los clubes que figuraban aquí eran La Portada, Club La Favorecedora, Estrella Roja, Torino y Flecha Roja, de fútbol, básquetbol y box...Lo que tiene que la población no es a la redonda, es a lo largo, este es el pasaje Quillota, la calle más larga que hay, termina en la misma Gran Vía, entonces nosotros los habitantes o al menos los vecinos de acá no nos conocíamos con los del fondo, pero cuando nos uníamos, cuando hacíamos las actividades de aniversario, se hacían candidatas de distintas cuadras, participaban todas las calles”. Doña Leonor comenta que el deporte más practicado por las mujeres era el básquetbol. El Club Helénico posteriormente fue un distintivo de la Población.

LA MUNICIPALIDAD ANTE LOS PROBLEMAS COMUNES DE LAS POBLACIONES.

El tema más urgente de las nuevas poblaciones fue el abastecimiento de agua potable. En las poblaciones “Norte”, “Oriente” y “Miramar” el aprovisionamiento de agua discurría de dos formas: en el sector bajo, por las cañerías del F.C.A.B. y en el sector alto, la Municipalidad debió hacer

inversiones de un tendido de cañería central que alimentó nueve pilones, o bien de una bomba centrífuga y motor eléctrico, para hacer llegar el agua a los sectores altos y consecutivamente realizar la venta de agua. Prontamente, en el año 1932 la Municipalidad asumió dos empréstitos por un total de \$ 300.000 para enfrentar la higienización y provisión de agua potable para las poblaciones antes mencionadas (González; 1998).

Esto obedecía a una insistencia de los vecinos de la Población “Oriente” porque la Empresa de Agua colocara cañerías matrices y posibilitar instalaciones domiciliares, e incluso habían reunido los dineros y depositado, en conformidad a lo convenido con el Alcalde y la Empresa, pero ésta última alegó la no conveniencia económica. Eran 35 los vecinos que habían ya firmado un contrato para los medidores. Esto ocurría en abril de 1931.

A partir de 1935 y hasta 1948 el asunto hídrico de las poblaciones obreras discurrió de diversas formas: unas fueron atendidas de modo más eficaz, otras debieron aguardar recursos y no faltó la población que por su ubicación dificultó en extremo el aprovisionamiento de aguas.

De esta manera, no siempre los vecinos pudieron tener los recursos económicos para adquirir los medidores, como acontecía con la Población “Norte,” en junio de 1935. La política municipal fue de no entregar el agua potable gratuitamente, por cuanto el F.C.A.B tenía la concesión de la venta de agua para la bebida y sólo la gratuidad afectaba a los servicios municipales. La Población “Oriente” se vio beneficiada, en mayo del 35 con la construcción de dos pozos sépticos y de filtros. Era apoyar el Dispensario que poseía. Sin embargo, en la sesión municipal de 26 de junio del 35 quedó claramente establecido que las poblaciones obreras para su abastecimiento de agua presentaban dos problemas: los vecinos de la “Norte” eran de muy escasos recursos, por lo que no podían acceder a arranques de agua domiciliarios y los de la “Miramar” era irrealizable el tendido de una red de cañerías por su topografía y sólo cabía su abastecimiento por dos pilones. Solo la Población “La Favorecedora” podía optar a cañerías para la instalación de agua⁽¹⁴⁾.

En noviembre de 1937 se discute la aprobación del presupuesto para dotar de agua a la Población “Miramar”, que se ve reforzada en el año siguiente, por iniciativa de la Junta de Vecinos, la cual, en marzo, solicita establecer baños

(14) Cf. Libro de Sesiones Municipales agosto de 1934-noviembre de 1937, vol.33, Sesiones Ordinarias 14 de mayo, 28 de mayo, 26 de junio, 21 de agosto de 1935, 14 de agosto de 1936.

que habían en los corrales. Aspectos que la asemejan a las demandas de agua de la Población Norte, a la que se le ubica un pilón en la plaza 21 de Mayo, por la empresa del F.C.A.B., en junio de 1938.

En mayo de 1941, la empresa de agua potable instala un servicio de aguas en los baños de la Población “Oriente.”

La Población “Miramar”, por su ubicación topográfica, inhibió a la empresa del F.C.A.B para su dotación de agua, inclinándose en mayo de 1945 por construir estanques de aguas, a su vez, la Población “Oriente” recibía un subsidio para pagar al encargado de los pilones de agua⁽¹⁵⁾. En Sesión municipal de 6 de junio de 1944 se aprobaba la extensión de las cañerías de agua potable en la Población “La Favorecedora” hasta calle Angol con Eduardo Orchard, “porque no hay pilones en todo ese sector”.

El tema de la provisión de agua, vía pilones, permitía a los vecinos no pagar precios exorbitantes por este líquido a los vendedores de agua en carretones. De ahí, como una solución social, el municipio siempre accedió a la colocación de pilones y su correspondiente subsidio para los cuidadores. Así aconteció con la Población “Lautaro” en diciembre de 1947. En mayo de 1948 la Población “La Favorecedora” recibió medidores de agua, gracias a un acuerdo entre la Municipalidad y la empresa del F.C.A.B⁽¹⁶⁾.

El tópico del alumbrado público se centró en atender a las Juntas de Vecinos que solicitaron tal servicio en las calles principales, de mayor tráfico. En sesión de 28 de mayo de 1935 se informaba a los regidores que se había mejorado el alumbrado en todas las calles y principalmente en las poblaciones obreras. En sesión de 21 de julio de 1939, el Municipio accedió a colocar seis luces en diversas calles de “La Favorecedora” y en el interior del local de la Junta de Vecinos.

Hubo que transcurrir varios años para que el Municipio volviese a tratar un plan de alumbrado público. En septiembre de 1947 se acuerda alumbrar el sector sur de la Población “Miramar”, en las calles Miramar, Maipú, Sarmiento, Bello y Lastarria, venciendo las reticencias de la Compañía Nacional de Fuerza Eléctrica cuyo contrato concesional dejaba a la Población “Miramar,” fuera de este servicio.⁽¹⁷⁾

(15) Libro de Sesiones Municipales, Julio de 1943-diciembre de 1946, Vol.36, Sesiones ordinarias del 17 de mayo y 7 de junio de 1945.

(16) Libro de Sesiones Municipales, Vol.37, Sesiones Ordinarias de 11 de diciembre de 1947 y 20 de mayo de 1948.

(17) Libro de Sesiones Municipales, Vol.37, Sesión del 4 de septiembre de 1947.

Más insistente por la Municipalidad fue su estrategia de pavimentación que debió reforzarse, pues la locomoción colectiva quedó sujeta al estado de las calles para su eventual ampliación del radio del recorrido de sus distintas líneas.

En cierta forma, la Municipalidad de Antofagasta debió abordar ciertas obras de ornato y recreacionales para subsanar la situación de las poblaciones en concordancia con su rápido crecimiento. Esto se tradujo, por ejemplo, en la construcción de plazas o habilitación de balnearios, principalmente hacia las poblaciones del sector norte.⁽¹⁸⁾

(18) Cf. Libro de Sesiones Municipales, Vol.33, Sesiones de 28 de mayo y 14 de agosto de 1935; Vol. 37, Sesión de 20 de mayo de 1948.

En cuanto a la pavimentación, la Municipalidad acometió una planificación en esta materia que unió pavimentación de aceras y calzadas, en la periferia más próxima al caso urbano histórico y sectores residenciales, para ir asumiendo determinadas calles de las nuevas poblaciones. En marzo de 1939 planteó la formación de “calzadas y aceras en tierra” para las poblaciones “Oriente”, “Miramar” y “Norte”, mientras se iniciaba la pavimentación en la Población 21 de Mayo, con la calzada de calle Saavedra entre Uribe y 21 de Mayo. En febrero de 1943 aprobó la pavimentación de los sectores por donde circulaban las góndolas y el trayecto Caracoles-Población “Oriente,” dada la escasez de neumáticos y el precio de ellos. En cuanto las aceras, se pavimentó Galleguillos Lorca entre Gral. Borgoño y el Reformatorio de los Niños, ubicado en la Población “La Favorecedora”, siendo favorecido en las calzadas la Población “Oriente”, pues las obras abarcaban calla Valdivia a Montevideo; Montevideo, desde Valdivia a Llanquihue; Llanquihue, desde Río de Janeiro hasta Zenteno y Arauco, desde Zenteno hasta Río de Janeiro. En enero de del 44 se amplió con cintas petroladas aceras y calzadas de las Poblaciones “Norte” y “Oriente”, y a mediados de ese mes, empezaban las obras en la Población “La Favorecedora”. En diciembre de 1948 se aprobó un plan de pavimentación por 3 años que se centró en el sector de Bellavista y en la Población 21 de Mayo.⁽¹⁹⁾

(19) Cf. Libros de Sesiones Municipales, Vol.34, Sesiones Ordinarias de 26 de enero de 1938, 17 de marzo de 1939; Vol.35, Sesiones Ordinarias, 5 de febrero de 1943; Vol.36, Sesiones Ordinarias de 7 de enero, 21 de abril, 6 de junio de 1944; Vol.37, Sesión Ordinaria de 12 de diciembre de 1948

En cuanto al asunto de la locomoción colectiva, la Municipalidad reguló su funcionamiento concordando con los propietarios de góndolas, no sólo el recorrido y tarifa, sino la fiscalización en cuanto al cumplimiento de horario

de los respectivos trayectos. En enero de 1940 debatió el municipio un “Reglamento para el servicio especial de microbuses”, determinándose que el recorrido Calama-Avda. Brasil, iba a tener un paradero en Antonino Toro, debiéndose pagar por dicho servicio, 0,60 Cts., los adultos y 0,40 Cts los niños. La medida se complementó con una “Ordenanza sobre derechos de estacionamiento de autobuses” a entrar en vigencia el 1 de enero de 1941. En octubre de ese año otro “Reglamento sobre tránsito de buses de servicio público” donde se estableció una capacidad mínima de 25 pasajeros y una máxima de 38. De esta manera se ampliaba la posibilidad para los vecinos de “La Favorecedora” de emplear tales medios de transporte, pues la Línea Brasil-Calama se extendía hasta la calle Díaz Gana. En junio del 44 la Población Norte adecuó su paradero de góndolas para facilitar el acceso de sus moradores.

Sin embargo, el servicio de locomoción colectiva no fue óptimo sea por el número de vehículos y fundamentalmente por las condiciones técnicas en que se encontraban. En julio de 1947 de los 44 buses que cubrían dicho servicio, sólo 30 se presentaron a una revisión técnica que no fue promisoría de un mejoramiento de ello: 3 buses estaban aptos, 27 adolecían de fallas técnicas y de presentación y los restantes 14 se suponía que al no presentarse estaban en pésimas condiciones. Un chequeo al mes siguiente -revista de los autobuses- arrojó 9 carros en buen estado, 14 en regular estado y 5 en mal estado, y se gestionaba la incorporación de nueve máquinas nuevas- es decir, modelo 42- para iniciar nuevos recorridos: prolongación del recorrido hasta la Población “La Favorecedora”, “en cuanto el terreno y su arreglo lo permitan”; establecer modificaciones en los recorridos actuales: Estación, Obras del Puerto, Población Oriente y Lautaro; sector alto hasta “una entrada de la Población Miramar por medio de recorridos zigzagantes”, etc.⁽²⁰⁾

Finalmente, durante el transcurso del año 1948 se dispuso, por Decreto Nº 72, de 25 de marzo, la obligatoriedad de la revisión general de los autobuses a objeto de establecer sus condiciones de seguridad, presentación y confort; la no concurrencia, significaba quedar fuera del servicio. Y a fines del año, un nuevo Reglamento de Tránsito y de Movilización Colectiva, estableció siete líneas de servicio, indicándose la clase de vehículos que ejecutaría el mismo: La Línea 1: Favorecedora-Brasil-Calama, servido exclusivamente por autobus, tenía su partida en calle Galleguillos Lorca esquina Angol; la Línea 2: Brasil-

(20) Cf. Libros de Sesiones Municipales, Vol.35. Sesiones ordinarias de 19 de Enero, 18 de diciembre de 1940, 18 de octubre de 1941; Vol.37. Sesiones ordinarias de 3 de julio, 16 de agosto, 21 de agosto de 1947.

Lautaro, servido exclusivamente por microbus, salía del paradero de Díaz Gana hasta llegar al costado sur del Estadio Lautaro; la Línea 3 Caracoles-Hospital, servido por autobús y microbús, salía de calle Galleguillos Lorca esquina Angol (Población La Favorecedora) hasta la Población Oriente. Esta línea sería servida por tres vehículos diariamente; la Línea 4 Caracoles-Copiapó-Hospital, servido por microbus y autobus, salía de calle Galleguillos Lorca esquina de Angol hasta la Población Oriente, servida por tres vehículos diariamente; la Línea 5 Plaza-Baños, servida por autobus y microbus; la Línea 6 Plaza-Avenida Argentina-Baños, servida por autobus y microbus y la Línea 7 Brasil-Iquique-Autoclub, servido por la Flota “El Mercurio de Antofagasta”. El servicio se iniciaba a las 7,30 hrs hasta las 22 hrs. ⁽²¹⁾

(21) Cf. Libro Decretos Administrativos Municipales 1948, Decreto N° 72, 25 de marzo de 1948, Decreto N° 227, de 11 de diciembre de 1948.

Concluamos que la Municipalidad en el transcurso del periodo de 1930-1948 se preocupó por habilitar otros terrenos para la solución de viviendas de los sectores populares. En esta finalidad, no descuidó de acentuar los logros de urbanización y urbanismo alcanzado en el desarrollo de la ciudad en los años precedentes y de esta forma, las administraciones edilicias disímiles en sus corrientes políticas prosiguieron con la tarea del Alcalde Modelo Dr. Maximiliano Poblete.

Puede decirse que fue en el transcurso del decenio del 40, donde se visualizó más claramente la política registrada, pues la Municipalidad en mayo del 41 fijó una zona o barrio industrial de la ciudad desde calle Eleuterio Ramírez hacia el norte y desde el mar al cerro; en noviembre de 1944 decidió desalojar los prostíbulos habidos en el centro de la ciudad, determinando un barrio entre calle Bellavista y Montevideo “*como ubicación de las casas de tolerancia*”. Medida ratificada en su sesión ordinaria del 7 de diciembre; apoyo a la educación de las poblaciones obreras, en abril del 48 y en noviembre de ese mismo año decretó la clausura inmediata de los corrales de caballos y caballerizas que estuvieren dentro del radio urbano. ⁽²²⁾

(22) Cf. Libro de Sesiones Municipales, Vol.35, Sesión Ordinaria, 12 de mayo de 1941; Vol.36, Sesión Ordinaria de 16 de noviembre y 7 de diciembre de 1944; Vol.37, Sesión Ordinaria de 9 de abril de 1948; Libro Decretos Administrativos Municipales 1948, Decreto N° 202, de 15 de noviembre de 1948.

Los nuevos desafíos demográficos de una ciudad en desarrollo y el mejoramiento de la calidad de vida constituyeron dos ejes de la visión municipal en la coyuntura que se abrió con la posibilidad del barrio industrial y su consiguiente proceso de industrialización de la urbe. Así, agilizó la enajenación de sus terrenos con la finalidad de establecer otros barrios aledaños a las poblaciones obreras, en los años 1945 y 1947, incentivó los planes de la Caja del Seguro Obrero para la construcción de los Colectivos Perú, Argentina y Bolivia, que motivó una ácida crítica del periódico La Voz de Antofagasta

en 1947; hasta visualizar en octubre del 48 una población, “Los Carrizos” para “personas o familias de recursos”, ubicada entre los edificios militares y el AutoClub, en el sector sur de Antofagasta, los cuales podían acometer su propia urbanización.⁽²³⁾

(23) Cf. Libro de Sesiones Municipales, Vol.37 Sesión Ordinaria de 10 de julio de 1947, 9 de abril y 15 de octubre de 1948; el periódico “La Voz de Antofagasta”, 16 de agosto de 1947, hacia notar los esfuerzos de la Municipalidad, en orden de la aplicación de impuestos progresivos a los sitios eriazos, mientras la ciudad crecía a lo largo, por medio de poblaciones de construcciones rudimentarias que demandaban fuertes inversiones municipales, concluyendo que “Cuenta Antofagasta con tres colectivos construidos por la Caja de Seguro Obrero para sus imponentes, pero quienes menos pueden ocupar esos departamentos son los obreros, por la sencilla razón de que su canon de arrendamiento es muy subido. Es así como sus ocupantes son gentes de posición... En cambio, los obreros que debían ocupar esas habitaciones, ¿dónde y cómo viven?, en chozas, sin las más elementales comodidades”.

La preocupación de una mejor calidad de vida se encauzó por examinar, a partir de agosto de 1944, el problema de las plantas de azufre instaladas en medio de las poblaciones obreras, que con sus “humos y emanaciones” causaban graves dificultades. Era el preludio de acometer desde otra perspectiva la solución de las viviendas populares pero también tomar conciencia de la necesidad de contar con marcos regulatorios para planificar el espacio de la ciudad en consonancia con las exigencias de la época. Ya no bastaba sólo entregar terrenos, sino pensar la incorporación de tales espacios a la vida de la urbe, con toda la infraestructura básica y modelar su ritmo de crecimiento.

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

- Archivo Nacional: Archivo de la Intendencia de Antofagasta, Volúmenes 66, 95, 103, 105, 110, 111, 120, 134
- Archivo de la Municipalidad de Antofagasta, Libro de Sesiones Municipales, volúmenes 33, 34, 35, 36, 37;
- Archivo de la Municipalidad de Antofagasta, Libro de Decretos Administrativos Municipales, año 1948
- Biblioteca Nacional: Periódico “La Voz de Antofagasta”, año 1947.
- Entrevistas a vecinos Poblaciones “Oriente”, “Miramar”, “La Favorecedora”, realizadas entre julio-diciembre de 1999.
- González Pizarro, José Antonio. Situación social de Antofagasta, 1925-1930. La doble marginalidad, Actas XI Jornadas de Historia de Chile; Osorno, 1995.
- Gestión edilicia e identidad urbana. La coyuntura de los años 30 en Antofagasta, Actas de la VIII Jornada de Historia Regional de Chile; Chillán, 1998.
- Apuntes para una reconstrucción de la normativa de las aguas en el norte chileno. Desde el reglamento para el consumo gratuito de agua potable de Antofagasta de 1926 hasta el proyecto de ley sobre agua potable de la provincia de Tarapacá y Antofagasta, Revista de Derecho de Aguas, Universidad de Atacama, vol.9; 1999.